

DESAFÍO Y ACCIÓN EN LA PLÁSTICA TRUJILLANA

ALFREDO ALEGRÍA ALEGRÍA

Referirse al proceso de la plástica en la ciudad de Trujillo del Perú es tratar sobre un proceso cuyos logros se han debido a un trabajo arduo de mística y entrega por forjar el ideal de una ciudad que no mantenga solamente el carácter de centro cultural que siempre tuvo desde comienzos de siglo XX, sino que se convierta en foco de irradiación espiritual para la región y para el norte del país.

Situada en el valle de Moche, la fundación española de Trujillo data de 1535 y, a los acordes del rumor de las olas y de la brisa en los cañaverales, se estableció allí una sociedad aristocrática y conservadora en una ciudad con una arquitectura netamente hispánica: Un gran número de iglesias barrocas y de casas señoriales de estilo neoclásico con balcones de celosías y grandes ventanales voladizos con rejas en filigrana de hierro le otorgan una identidad singular genuinamente romántica. Pero a la vez, la ciudad se encuentra rodeada de monumentos arqueológicos plenos de magia y de misterio, que dicen de la capacidad artística y tecnológica de las culturas que antecedieron a la conquista.

Sería Trujillo la primera en declarar su independencia de la corona española en 1820 y luego de un breve período de agitación a comienzos de la República, volvió a su tradicional tranquilidad. Sin embargo, para la historia de la literatura y del arte peruano, la ciudad de Trujillo es fundamental. Allí surgió —en la segunda década del siglo pasado— el grupo intelectual de La Bohemia del que formó parte el gran poeta César Vallejo y se inició un proceso de creación y de ruptura contra los moldes establecidos, no solo en las artes sino también en la política y la ideología. Este proceso culminó en 1932 con una revolución contra la dictadura, pero asimismo con una terrible represión. El desarrollo cultural trujillano se estancó y recién a mediados de los años 40 y los años 50 que comenzaron los primeros intentos de resurgir: Primero el Conservatorio, luego la poesía, el teatro universitario, la orquesta sinfónica y el ballet hasta que por último se institucionalizó el desarrollo de la plástica con la academia del artista Pedro Azabache, que fue oficializada como Escuela Regional de Bellas Artes.

Para entonces, la plástica en el Perú había obviado ya el proceso indigenista y con artistas de la talla de Fernando de Szyszlo y Alberto Dávila, el expresionismo abstracto había tomado vuelo. Paralelamente, el expresionismo figurativo de Sérvulo Gutiérrez y de Humareda se imponían y finalmente el surrealismo con Gerardo Chávez y Tilsa Tsuchiya.

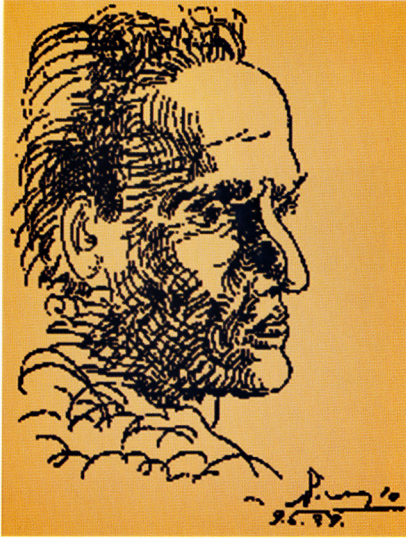
Sin embargo, para los artistas de la Escuela de Bellas Artes de Trujillo, parecía que los movimientos estéticos no habían tenido lugar. Se decidieron sencillamente a observar su entorno y hacer suya la belleza del paisaje de la campiña o el romanticismo colonial de las calles y casonas o los motivos indigenistas típicos. Los artistas plásticos en Trujillo se iniciaron así rechazando por completo todo vanguardismo y defendieron a ultranza un arte regionalista y costumbrista. Estilo con un carácter bastante ideológico en lo referente a su concepción sobre la identidad peruana.



Relieve de adobe Templo del Arco Iris de Chan Chan



Iglesia Compañía de Jesús - Trujillo



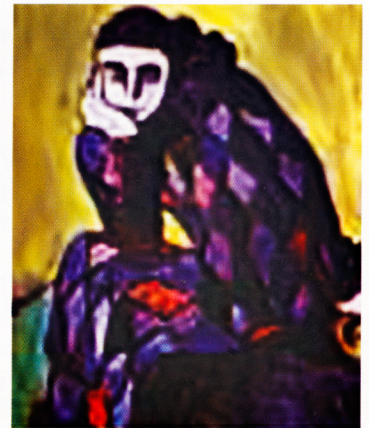
César Vallejo - Picasso

Tal sucede con la obra de Pío Ángel Muñoz, de un persistente neoindigenismo, o con el romanticismo evidente de Eduardo Urquiaga. Ambos, maestros de una generación nueva que hizo de Trujillo uno de los grandes centros artísticos del país.

Era inevitable que el romanticismo regionalista o "peruanista" por llamarlo de alguna manera debía transformarse a tono con la nueva sociedad que el mundo estaba forjando. Y el gran impacto sería dado por las Bienales de Arte Contemporáneo de Trujillo, entre 1983 y 1987, que permitieron presentar a la juventud creadora de la ciudad las obras que se forjaban en la capital y a los principales artistas contemporáneos latinoamericanos. Desde entonces, nada sería igual en la plástica de la ciudad. Y fue en 1990 que surgió el primer grupo de vanguardia, por así llamarlo, con el nombre de Grito, que resumiría en su diversidad estilística el carácter expresionista con el que la pintura trujillana contemporánea impactó a los críticos capitalinos. Al año siguiente, el cambio se hizo evidente en el tercer Salón de Primavera y la contemporaneidad se inició en el proceso artístico trujillano.

Aunque siempre ha sido difícil el desarrollo de la plástica en una ciudad de provincia, la tradición de la mística hacia la promoción del arte y la cultura continuó. Así, entre 1992 y 2003, surgieron Salones Nacionales de Pintura Coca Cola y eventos culturales que hicieron de la ciudad un punto de referencia para la crítica de arte nacional.

Habían surgido nombres de importante proyección como Tito Monzón, con una visión escéptica del universo en trabajos que mezclan la expresión y el concepto; William Pinillos, esencialmente elegante y fino en sus estilizaciones figurativas y sus trabajos abstractos; Luis Alarcón y sus imágenes oníricas; Joselito Sabogal y su neosurrealismo absolutamente lúdico; el sorprendente y siempre diverso Jean Paúl Zelada, imbuído de misterio, de reflexión y de color. Ilusión y delicadeza en los planos de color construidos por Adolfo Asmat o las pequeñas y absurdas imágenes de Guma Alvitez y la melancolía juguetona de Carlos León. Ruptura conceptual en Carlos Chávez y Gonzalo Fernández. Y por



Victor Humareda

supuesto mujeres: Coco MoraC, el color que impacta en su trabajo; Tania Castro, siempre solitaria y melancólica, tal como también se expresa Rosa Benítez.



Sérvulo Gutiérrez

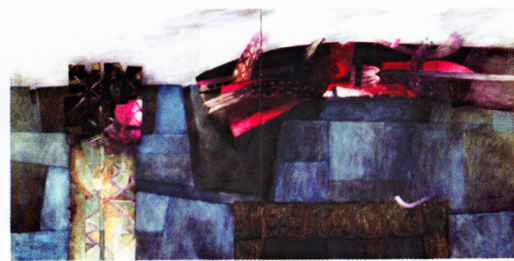
A lo largo de estas décadas, la plástica trujillana ha ido evolucionando cada vez más hacia el proceso reflexivo. Los artistas ya no producen intuitivamente. Cada obra es resultado de un planteamiento conceptual previo. Otra característica es el expresionismo, sea figurativo o en abstracción. Sin embargo, una juventud nueva tomada por los valores del arte a través de los medios, de las instalaciones, del videoarte, de las posibilidades increíbles de la tecnología. En ese sentido, los artistas trujillanos han alcanzado un nivel de madurez que es también conflictivo. Su trabajo defiende la validez del género pictórico, pero requieren adecuarse también a las exigencias de la sociedad cambiante. Por

momentos dudan entre expresar la realidad reflejada como hecho simbólico o como un hecho conceptual. Pero esta duda marca su camino y las sombras iluminan paradójicamente la ruta de creación. Tal es la labor del artista, tomar los reflejos y las sombras y convertirlos en luz.

Ante estos artistas se presenta nuevamente el reto de mantener su validez como creadores dentro de una sociedad que necesita con desesperación verse a sí misma en su tragedia y su esperanza. Cómo descubrir criterios estéticos sobre la polémica de la identidad artística en un mundo cada vez más globalizado. La sociedad peruana se ha tornado cada vez más compleja y difícil de descifrar. Este enigma surge así ante los creadores plásticos trujillanos como un reto a asumir. Mensajeros de ilusiones y deseos, tienen el deber de forjar en sus obras conceptos que orienten a una sociedad angustiada y ansiosa. Poesía y verdad, realidad y ensueño, desafío y acción de una juventud que forja su propio destino.



"Puma azul" Tilsa Tsuchiya



"Trashumantes" Fernando de Szyszlo



"Los cautivos" Gerardo Chávez